

KARINE BERNAL LOBO

EL PERFUME DEL REY

Entre el poder y el amor
hay una línea peligrosa

ILUSTRACIONES DE
Álvaro Cardozo

 Planeta



1

MISHNOCK

HELIA 7, ESTADO TEMPORAL 5, AÑO 2



—¿Emily, me estás prestando atención? —cuestiona Rose, chasqueando los dedos frente a mis ojos cafés.

La piel morena de quien ha sido mi mejor amiga desde la infancia reluce bajo la luz de la habitación y su melena caoba se mueve de lado a lado mientras me reclama.

—Lo hago —miento. Desconozco lo que ha dicho en los últimos diez minutos.

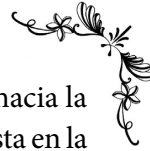
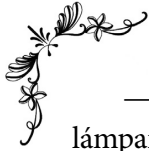
—Entonces, ¿me acompañarás? —Su voz está llena de entusiasmo.

—¿A dónde?

—¿Ves que no me escuchas? —se queja—. El joven que me gusta pidió vernos y, bueno, no es posible hacerlo de día, así que acordamos reunirnos en la noche y necesito que me acompañes. ¿Las diez estaría bien para ti?

—¿Crees que Erick Malhore va a dejarme salir a esa hora? Además, ¿por qué no puedes verte con él de día? ¿Qué esconde?

—Te prometo que te lo contaré todo si me acompañas. Hazlo por tu amiga de años, la persona que más te quiere en la vida —ruega, haciendo brillar el marrón de sus ojos—. Sé que tu padre no va a dejarte ir, así que tendrás que escaparte. Eso es lo que yo haré, porque mi madre tampoco me lo permitirá.



—No lo sé, Rose Alfort. —Desvió la mirada con duda hacia la lámpara que hay en mi mesa de noche, buscando una respuesta en la luz amarilla que parece crear un cálido atardecer cuando se refleja en las paredes claras de mi habitación.

—Es el amor de mi vida. Debes ayudarme a que no se escabulla.

—Has tenido más de mil amores de tu vida.

—Este es el verdadero, lo juro. Es un militar de Mishnock. ¿Quién soy yo para resistirme a ese uniforme azul y vino? —insiste esperanzada—. Míralo como un favor a la nación. Yo hago feliz a un soldado y él va motivado a pelear en la guerra.

Camina hacia mi armario, que está a punto de reventar debido al sinfín de vestidos que contiene, abre las puertas y toma algunos trajes, muchos, de diversos colores y formas. Se para frente al espejo de aquel tocador lleno de ornamentos y empieza a probarse uno tras otro.

—Necesito que me prestes uno. Tus padres pueden comprarte mejores vestidos que los míos y en verdad quiero deslumbrar a mi futuro esposo.

—¿Cómo que futuro esposo?

—Hay que profetizarlo; si lo creo, se cumplirá. Por cierto, mira —dice, se vuelve hacia mí y extiende un papel—, lo conseguí fuera de las oficinas del periódico. Es la lista de los mejores solteros de Palkareth.

Paso la mirada por el papel con los nombres de los hombres y sus edades. Rose tiene una ligera obsesión por capturar a uno de ellos y se esmera por estar presente en todas las fiestas en las que pueda encontrar uno.

—El príncipe Stefan es el primero, aunque, bueno, está fuera de mi rango. Demasiado inalcanzable como para intentarlo —menciona.

Hasta donde Rose me ha contado, nunca lo ha visto en los eventos, es un misterio con corona. Y a aquellos bailes monárquicos a los que él sí asiste a ella jamás la invitarían. Si han de otorgarme la suerte de alguien, ruego que no sea la de mi amiga.



—No conozco a ninguno de esta lista —confieso después de leer.

—Es porque no tenemos ningún título. No pertenecemos a las altas casas de la nación, pero ahí está el hombre con el que voy a verme mañana.

—¿Es un noble? —pregunto confundida—. Recuerdo haber escuchado que se trataba de un militar.

—Sí, lo es. Unirse a la armada le otorgó su título y él ahora me lo dará a mí.

Unos toques en la puerta nos sobresaltan. Escondo la lista detrás de mi espalda como si se tratara de un vergonzoso asunto del que nadie se debe enterar y finjo normalidad frente a Mia, mi hermana menor, que se apoya en el marco, observándonos con el hastío de quien es obligado a servir como mensajero.

—Papá te espera abajo. Necesita hablar contigo y con Liz.

—¿Podrías saludar a Rose? —la reprendo.

—Ya lo hice, incluso me enseñó la lista de los solteros. Ahora baja, que te están esperando.

Dejo a mi amiga en la habitación y voy tras el llamado. Al bajar las escaleras encuentro a mis padres y a mi hermana mayor en el comedor, rodeados de un silencio sepulcral que me alarma.

—¿Algo anda mal? —cuestiono ante la urgencia del encuentro.

—Todo lo contrario —sostiene mamá con la emoción de quien ha ganado un premio—. Mañana será un día atareado para los Malhore. Tendremos una cena muy importante.

¿Cena? ¿Se interpondrá en mis planes con Rose?

—¿Hasta qué hora?

—¿No te interesa saber con quién? Creo que eso es más relevante.

—Tienes razón, lo siento —me disculpo y tomo mi lugar en la mesa, nerviosa.

—Inversionistas —interviene mi padre—. Vienen desde Lacrontte, pues hasta allá ha llegado la buena fama de nuestros perfumes.

—Increíble. Lo que todavía no entiendo es qué tenemos que ver Liz y yo en esto —indago al notar que ella ha permanecido en silencio.



—Es probable que alguno de ellos esté interesado en nosotras —explica ella finalmente—. No es una cena de negocios, sino de relaciones. Nadie vendría desde tan lejos solo para ayudar a un negocio del reino enemigo.

Mi atención se vuelve hacia mi padre en busca de una respuesta.

—Es una deducción. No deben alarmarse; jamás las obligaría a hacer algo que no quisieran.

—No quiero casarme —alego asustada. Aunque estoy segura de que aceptaría si mis padres me lo pidieran, porque haría cualquier cosa por ellos. Quiero que siempre me vean como una ayuda, nunca como una carga.

—Aquí nadie va a casarse —me asegura—. Los recibiremos y veremos qué necesitan, si vienen exclusivamente por negocios o por algo más. Y si llegaran a decirme que invertirán a cambio de la mano de una de ustedes, diré que no. No las voy a vender a nadie por unos tritens.

—Aun así, es nuestro deber ponerlas al tanto para que no se lleven una sorpresa —aclara mamá—. Ustedes son las únicas en edad de casamiento. No lo digo solo por ser su madre, pero las dos son hermosas.

—¿Eso es todo? ¿Ya puedo retirarme? —pregunto con un nudo en la garganta. Me angustia imaginar un matrimonio por conveniencia con alguien a quien no conozco y, por ende, no amo. Para mi suerte, papá asiente.

Corro escaleras arriba, chocándome con Mia en el camino. Su cabello oscuro cae en mi torso, mientras los ojos cafés distintivos de todos los Malhore me observan con curiosidad.

—¿Liz y tú van a casarse? —cuestiona con algo de aflicción.

La tomo de la mano y la llevo hasta mi habitación, donde Rose ya tiene puesto uno de mis vestidos. En el interior, las cortinas ondean como pequeños fantasmas flotantes por la brisa de la noche que se cuele por la ventana, agregando más tensión al ambiente lleno de zozobra. Corro hasta el marco y cierro el cristal temblorosa y con la respiración sofocada por el raudal de ideas fatalistas que cruzan por mi mente.



—Respóndeme —insiste.

—¡Claro que no! Papá dijo que no nos comprometería por dinero.

—¿Vas a casarte? —pregunta mi amiga.

—¿Acaso nunca se va a terminar este tema? ¡Dije que no! —reitero exasperada—. Mi papá no nos haría eso.

—Quizás sí sea nuestro deber aceptar. —Liz irrumpe en mi alcoba con una expresión neutra en su rostro, pero la conozco, sé que está escondiendo el mismo temor que siento en este momento—. Las cosas no marchan del todo bien en la perfumería desde que se intensificó la guerra contra Lacrontte.

—¿Acaso no vendemos? No he escuchado a mis padres quejarse.

—Lo hacemos, nos mantenemos a flote; sin embargo, eso no asegura que sea así para siempre. ¿Has visto las noticias? La frontera cada vez está más golpeada, el ejército de Lacrontte nos sobrepasa en número y sé que en poco tiempo ya nadie estará interesado en comprar perfumes, les importará más abastecerse de comida ante la amenaza de un nuevo ataque.

—No quiero quedarme sola —habla Mia.

—Debes entender que, como tus hermanas mayores, debemos ayudar a nuestros padres, y un compromiso supondría un alivio para ellos. Tendrían una hija menos de la cual encargarse.

—Ustedes solamente son tres —interviene Rose—. Además, están económicamente muy por encima del promedio de los plebeyos. Ya quisiera tener la mitad de las cosas que ustedes tienen. Pueden permitirse vestidos hechos a mano, y Emily incluso tiene pendientes de plata.

—Y los tendrá que vender si la situación del reino continúa así —dice Liz.

—Después de mis tutorías puedo buscar trabajo —contesto—. Eso no afectará la perfumería porque ustedes seguirán ayudando a mis padres.

—Yo también puedo conseguir uno y le daré la mitad de mi sueldo a Emily —apoya mi amiga—. Bueno, quizás el treinta por ciento.



—Emily, si alguno nos propone matrimonio, es necesario que estemos abiertas a aceptar el compromiso. Espero ser yo para que tú puedas seguir con cualquiera que sea tu sueño.

Liz sale de la habitación, llevándose a Mia después de ponerme una soga en el cuello, porque si de algo estoy segura es de que no quiero casarme con nadie a quien no ame.

—No te preocupes, podemos vender cosas en el mercado. Mis padres y yo siempre compramos objetos en tiendas de segunda mano, así que podríamos llevar algo que no uses y recaudar dinero —sugiere Rose, intentando reconfortarme—. Esto va a sonar fuera de lugar y un poco egoísta, pero... ¿sí me acompañarás mañana a reunirme con el amor de mi vida?

—Bien. Mañana a las diez de la noche —cedo desganada—. Ojalá no nos arrepintamos de esto.

Quiero convencerme de que estoy haciendo algo bueno al ir con ella y solo concentrarme en eso. Aunque lo cierto es que la posibilidad de terminar comprometida con alguien del reino Lacrontte no me abandona. Ellos son el enemigo, todo lo que me enseñaron a temer y ahora los tendré en frente como a futuros aliados, mientras ruego en silencio que ninguno haga una propuesta que me arranque de mi hogar. La última cosa que deseo es convertirme en una súbdita del impiadoso rey Magnus.



2

—Ese perfume, majestad, contiene las notas florales que usted solicitó en nuestra última reunión —explica papá a la reina, quien nos observa en silencio desde lo alto de su trono—. Lo que sostiene en sus manos es el resultado de muchas pruebas.

Hoy nos encontramos en el palacio real en la presentación semestral de perfumes para los reyes; les enseñamos las nuevas creaciones basadas en sus gustos y exigencias. Afortunadamente, papá es un gran vendedor, tiene el don de la palabra, algo con lo que no cuento, y por eso mi función aquí se limita a sostener y entregar los objetos que me pida, mientras él se encarga de ayudar a los reyes con su elección.

—Creo que a Silas le gustará este —dice la reina y agita con delicadeza el frasco con líquido blanquecino antes de ponérselo en el dorso de la muñeca, cuidando que ninguna gota caiga sobre su traje ocre.

Siempre he admirado la presencia de la reina Genevive. Tiene el aire angelical que le falta a su esposo, quizás es por su estructura ósea tan fina, por la singular manera con la que se mueve como si fuera un diente de león al viento o por la suavidad de su tono al hablar. Todavía sigo intentando descubrir el enigma que representa.

—Sí, sin duda este es el elegido —sonríe satisfecha, dándoles entrada a las delgadas arrugas que le decoran los ojos avellana.



Papá no se esmera en ocultar su emoción, y no es reprochable, pues tenerlos como clientes es una de las mayores razones por las que nuestra perfumería tiene tanto prestigio en el reino.

—Lamento que Silas y Stefan no hayan podido estar presentes, pero estoy segura de que tomé la decisión correcta en cuanto a sus fragancias. Y, señor Malhore, reitero que para nosotros es un placer que sea usted nuestro perfumista de confianza. Cuando salga al pasillo un guardia les dará su pago.

Comienzo a guardar los perfumes no seleccionados en el malecón de papá con cuidado para que no se quiebren y se unan a la mezcla pesada de distintos aromas en la que se ha convertido el aire de la sala del trono, ya que ni siquiera la brisa que entra por los inmensos ventanales ha sido capaz de disipar las esencias. Desde madera y cítricos hasta sándalo y miel se han adueñado de las columnas decoradas con el escudo del reino, dejando en el olvido aquel olor a pino que cubría el pulido suelo de mármol.

—Espero que pueda hacerle llegar mi saludo al rey —se despidió mi padre con una reverencia.

—Cuenta con ello, señor Malhore, con la condición de que igualmente le haga llegar mis afectos a su esposa. Señorita Malhore, gracias también por venir. La última vez que la vi era solo una niña, y mírese ahora, es toda una jovencita hermosa. ¿Está usted casada o prometida?

—No, majestad, todavía no he entrado en el ámbito casamentero.

—Y confío en que tampoco lo haga pronto. —Escucho el susurro de papá.

* * *

Caminamos ahora por las calles de Palkareth, dejando atrás la opulencia de la casa real, sus altos muros cargados con los retratos de los antiguos reyes de Mishnock, cada uno con mirada pesada, apesadumbrada, como quien ha vivido tormentosos momentos que jamás lo abandonan. Lucen barbas espesas que me hacen preguntarme si



debajo hubo alguna vez una sonrisa, y una vistosa corona de rubíes, la misma en cada retrato que pasa de monarca en monarca hasta llegar a los implacables ojos de flamas azules del rey Silas Denavritz, que parecen seguirme a medida que camino por el palacio.

—Recaudación de impuestos —informa papá con algo de desaprobarción, devolviéndome a la realidad.

Dirijo mi atención hacia el frente, donde veo un grupo numeroso de guardias marchar de manera sincronizada, formando una línea fina por las calles. El uniforme azul y vino se asemeja al mar teñido de sangre. Es inquietante a la vista, más por las armas que cuelgan de sus hombros. Avanzamos hasta la plaza donde las filas se extienden vías abajo, claramente divididas por clase social, pues los plebeyos no podemos mezclarnos con los grandes señores y damas de la nación. Todos ya sostienen en sus manos una pequeña bolsa color vino con los tritens indicados por ley según su función dentro del reino. Los desempleados de Mishnock deben contribuir a la monarquía por el simple hecho de habitar la nación; sin embargo, ellos son a los que peor tratan, pues mientras menos impuestos paguen, menos valen. Los obreros y sirvientes que trabajan en casas de título nobiliario van en una sola fila, junto a los trabajadores de las plazas de mercado, los campesinos, los herreros y los de oficios similares. Los guardias, militares, cocineros, doncellas y cualquier otra persona que sirva en el palacio o el reino pagan los impuestos más bajos de la nación, pues los redimen con su trabajo. Los joyeros, perfumistas, orfebres, floristas, músicos, tutores, sastres y de profesiones que requieren una educación especializada deben organizarse en otras filas. Y es aquí donde me deja mi papá mientras va a la oficina de correos a enviarle el dinero de los impuestos a mi abuela.

El sitio comienza a llenarse de personas. Todos bajo el estridente sol de Palkareth, a diferencia de las filas de los condes, vizcondes, barones y señores, que están bajo unas gruesas carpas que los protegen de los violentos rayos. Los duques y marqueses ni siquiera deben salir de sus casas, ya que los recaudadores van hasta allá.